

chetazo limpio. Este guapo era Don Blas y pedía para él solo ¡¡CUATRO HOMBRES!!

Por los últimos días de Mayo de 1863, se anunciaba la retirada de Juárez al interior, llevando consigo el Gobierno y con el Gobierno no la independencia nacional. Don Blas se preparó al éxodo, aceptando de cuajo la resolución de la partida. Por su parte las cosas no se harían á medias; quemó las naves de su arraigo, rompió con toda liga sedentaria vendiendo muebles, pagando deudas y realizando créditos, y el 31 de Mayo se lanzó á la guerra saliendo de México por la garita de Belem. De pronto salió con la vanguardia del Ejército del Centro rumbo á Toluca, donde rindió las primeras veinte de las mil y una leguas patrióticas recorridas en cuatro años de infatigables marchas.

En calidad de patriota suelto, se agregó en Morelia al General Arteaga á cuyas órdenes fué á Jalisco hasta que disgustado con él (lo que acontecía con frecuencia) pone los pies en nuevos pasos, resultando algún tiempo despues en San Luis Potosí. Pero también salió de esta ciudad un día, llegando con más ó menos contratiempos á Durango, con la escolta que llevaba á este punto la artillería pesada de San Luis.

Aquí se va perdiendo el rastro de este inaudito itinerario. Se habló por este tiempo de un solemne compromiso contraído por Don Blas con la República, empeñándose en algo que tenía no se qué de expedición legendaria al través del tiempo y del espacio; una especie de voto musulmán por la salud de la Patria. El caso es que, una mañana de Diciembre salió de Durango una corta caravana, y tomando cuesta arriba por el monte, venció el "Espinazo del diablo" y traspuso la agria cima, con manifestos y asombrosos indicios de atravesar la Sierra Madre..... Al principio corrieron acerca de él versiones sensacionales.

Alguna vez llegó á contarse que por lo más cerrado de la montaña, ora sobre las más altas cumbres ora en los más hondos barrancales, andaba un hombre apercibiéndose á los pueblos á una lucha feroz contra los invasores.

De la circunstancia de que este hombre era gordo, y de que usaba sombrero de petate á grandes alas, una pistola de La Foucher, mas, unas cuivarras siempre áuestas, no faltó imaginación calenturienta que viese á nuestro biografiado en ese extraño misionero. Y así, puesto en el terreno de las conjeturas, se hubo de suponerse que ya muertas de fatiga, las bestias en el viaje, viose D. Blas en la necesidad de emprender á pié la marcha entre

riscos y breñales llevando al hombro las cuivarras, para evitarse estorbos en las piernas.

Despues no volvió á decirse ni á saberse nada del patriota fabuloso. Cayó sobre él la más espesa sombra, absorbido, tragado por la Sierra terrible y misteriosa, como Galindo, el temerario obrero que un día entró, para no salir jamás, al antro pavoroso de una gruta de la India, muy cerca de las ruinas de Elora. Y pasó el resto del año de 64, y todo el 65, y todo el 66, y empezaba á correr el 67, cuando á mediados de Febrero, harapos, desnudo en parte, enjuto y pálido como un proto-mártir, desconocido de todos resultó por Zacatecas solicitando una entrevista con Don Benito Juárez.

Venía de luengas tierras. Fué recibido por el Presidente de la República, en cuyas manos depositó ceremoniosamente un manuscrito; era el periplo de sus famosas peregrinaciones!

¿Qué había sucedido con D. Blas?

Establecido el Gobierno en San Luis, el primer paso que se dió para la defensa nacional, fué ponerse en comunicación con los Estados. Enviáronse agitadores á varios puntos de la República; pero faltaba uno, tan importante como inaccesible, tan útil para la libertad como difícil de llegar hasta él, en una palabra, Guerrero.

Necesitábase un varón terrible como la temeridad de aquella empresa; un hombre de incorruptibles resoluciones y formidable contumacia, más duro que el hambre, más áspero que el aislamiento, más inclemente para sí mismo que todos los rigores de la vida salvaje; capaz de cruzar sierras, de salvar torrentes, de vivir entre fieras y desafiar la muerte; un servidor de tanta ley que en diciendo *llega*, debía tenerse seguridad de que llegaba sin remedio; tan discreto que ni quemado á fuego lento de latase una sola prescripción de su embajada, y una fé liberal tan firme que fuese como una torre secular, donde el temor, la tentación y las incomodidades, se estrellasen impotentes como á los piés de un dique las olas del mar. Tiende el Gobierno una mirada buscando á un *hombre*. Llega D. Blas á San Luis en ese instante; se entera del asunto, preséntase al Gobierno y dice: ¡Yo soy ese hombre!

Atravesó la cordillera, superior á Moisés en el prodigio de cruzar el Mar Rojo, porque á Don Blas no se le abrieron las montañas á su paso. Y como un bote desgarrado en alta mar, así Don Blas perdido en esas soledades, desaparecía cien veces diariamente entre los

pliegues sombríos del camino, apareciendo otras tantas sobre los picos de aquel oleaje interminable é inmóvil.

Llegó por fin á Mazatlán, y sin tregua de un solo día, se embarcó en una goleta nacional, "El Colima," donde habían tomado pasaje algunos diputados como Altamirano, Chavero, Sepúlveda, Angel Hermosillo y el General Anacleto Herrera y Cairo, que llevaban armamento y órdenes para Uruga; y en fin, también iba allí una muchacha guapa y alegre llamada Teresa.

Ya sea que Don Blas ensimismado en la contemplación de su deber, ó ya que la montaña con sus paisajes de cosas grandes y de cuadros inmensos dibujados sobre lienzos enormes de cielo abierto, le hubiese inclinado al género sublime, afectándole sensiblemente por lo grandioso, el hecho es que en este ambiente de ideas levantadas y austeras, llegó á sentir el alma como en un estado de gracia que en homenaje á su memoria llamaremos patriótica, para quitarle á esta palabra todo aquello que pudiese oler á religión.

Pero en el fondo era lo mismo, y á semejanza de lo que para Dios fueron aquellos ermitaños que pintan las leyendas en el fondo de las cuevas, purificado el corazón á fuerza de privaciones, así también aquel ayuno prolongado de vida civilizada, aquel sacrificio de la sociabilidad, tan penoso ya en los últimos días de la jornada, hacían de nuestro hombre una especie de santo chinaco ó con más exactitud, de San Jerónimo de la República.

El héroe llegó á la vertiente opuesta, bajó al primer poblado de importancia, impresionable, asombradizo como un hombre primitivo, y Teresa, primera sensación mundana despues de tantos días de éxtasis y demás sublimidades patrióticas, le pareció á bordo del "Colima," deslumbrantemente hermosa.

Teresa pues, fué cortejada por el héroe; mas como no era á bordo el único galán y ella sí la única dama del pasaje, atrajo naturalmente la mirada de todos los varones interesados en amenizar el viaje con el amor de una chica interesante. Teresa se dejaba disputar encarnadamente, sin inclinar la voluntad en favor de ninguno de sus admiradores. Y una mañana, apareció al rayar el día una embarcación sobre la línea del horizonte. El capitán observa atentamente al través de un antejo de mar, pintándose luego en su rostro la más viva sorpresa.

—¿Qué pasa, Capitán?—preguntan todos con ansiedad.

—Señores,—dijo sombríamente,—estamos perdidos. Lo que tenemos á la vista es una

fragata de guerra que nos da caza: *La Cordehere*.

Este nombre produjo hasta en los ánimos fuertes una conmoción indecible. ¡Qué haría la frágil goleta nacional ante esa fragata de guerra armada con veintidos cañones por banda, y más de trescientos hombres de tripulación?

—¿Qué hacemos?—se preguntaban todos sin que ninguno propusiese nada práctico. Entretanto, aquel velamen de un gris vago en la distancia, tomaba poco á poco tonos cada vez más firmes y aparecía, rayando los lienzos extendidos por el viento, el cordaje enredado á la negra arboladura, sobre la cual ondulaba trágica la grímpola de guerra.

Derrepente, una nube blanca envuelve la fragata y rompe en el espacio una detonación espantosa. El pailebot hizo alto. Pero estalló poco despues otro cañonazo más cerca.

—¡Abajo!—gritó el capitán levantando la mano en dirección al palo de mesana.

Don Blas aturdido levantó los ojos y vió nuestra bandera. Allí arriba flameaba la gloriosa..... ¡ella bajada así, á cañonazos! Un pensamiento de heroísmo furioso, le sacudió el cerebro; súbita crisis de ternura loca colmó su pecho de patriota, sintiendo que en su sangre enardecida por la humillación, la idea "México," se agitaba bajo la forma de esta inmensa vibración: ¡Madre! Entonces creyó Don Blas llegado el momento solemne. Viósele pasar tambaleando como un ebrio y pedir á grandes voces un tizón..... ¡para volar la Santa Bárbara de la goleta!

—No sea usted bárbaro; deténgase, no advierte usted que hay una mujer á bordo?—le dijo el Capitán.

—Que no sea yo,—respondió Teresa,—obstáculo para dejar bien puesto el nombre de México. En circunstancias como estas, ó todos somos hombres ó todos somos mujeres.

—¡Todos somos hombres!—prorrumpió D. Blas, pidiendo hachas para el abordaje.

Fácil era comprender que este heroísmo, condenado á terminar allí en un desaste *sanguentino* si se quiere, nada tenía de práctico ni útil para la libertad, y aunque Don Blas tuviese por cosa indispensable saltar por los aires hecho trizas, y en tal forma entregar cuerpo y larco á la catástrofe, antes que á los franceses una hilacha de la enseña tricolor, la mayoría se inclinó por la prudencia y esperó sometida á las circunstancias, la solución del incidente.

Don Blas mareado de santa rabia al ver que la fragata se aproximaba con increíble rapidez de cargó sobre ella su pistola vitoreando á la República, hasta que un golpe inesperado

do le hizo caer sobre cubierta. Cuatro marineros negros habían ya puesto sobre él las rudas manos, sujetándolo con vigor: estaba preso. En seguida fué trasbordado á la fragata, donde se encontraban ya sus compañeros.

El Comandante y oficiales, que veían entre los apresados á un hombre vestido de pieles y todo cubierto de pelo, — pues Don Blas no se había quitado las chivarras, — lo contemplaban asombrados como si tuvieran en su presencia al jefe de una tribu salvaje. El Comandante se dirigió por fin á los cautivos.

— Dos caminos, — les dijo, — tienen ustedes para salvar la situación en que se encuentran. Pueden ustedes escoger: la Martinica ó Lozada.

El hombre de los pelos dió un paso al frente y exclamó: — ¡Que nos fusilen á todos!

Dióse á los cautivos el "Colima" por cárcel mientras se decidía de su suerte; y cuando se vieron ya libres de sus opresores, convinieron, en homenaje al patriotismo de Teresa, tratarla con el mayor respeto, retirando cada cual las respectivas pretensiones con que la habían asediado.

Tres días llevaban ya de viajar á remo: que de la "Cordeliere," cuando un nuevo contratiempo vino á agravar la triste condición de nuestros personajes. Una tempestad desechó agitó violentamente el mar, haciendo más negra la situación una lluvia torrencial y la obscuridad de una noche pavorosa. Al principio contribuyeron todos y con ardor á la faena, pero cansados de ella, descompuestos por el movimiento de la nave, cayeron mareados, casi insensibles para la muerte. Al aclarar del día siguiente, observaron con gran sorpresa que la "Cordeliere" había desaparecido. Esa noche memorable, un golpe de mar reventó la guindaleza que aprisionaba al "Colima," el cual corriendo el tiempo recalcó á un pequeño puerto de Jalisco llamado Chametla.

Aquí desembarcaron los naufragos dándose por muy felices de haber salido á medias con la catástrofe. Don Blas quedó solo y con sus chivarras en el mundo. ¡Ah! pero ni siquiera estaban secas; sobre ellas había caído á cántaros el agua de esa noche, cuando se echó á dormir el patriota tendido sobre la haz del barco, como un ébrio en el período comatoso del mareo. Desde aquel punto desamparado de la costa, se dirigieron al interior de Jalisco. Don Blas había observado que Herrera y Cairo, no obstante las protestas de abstención hechas á bordo del "Colima," trataba á Teresa con sospechosa solicitud.

Por fin, la noche misma en que rindieron

la primera jornada, en un pueblo situado entre Chametla y Autlán de la Grana, se eclipsó de pronto Herrera y Cairo con Teresa, apareciendo al día siguiente la pareja, cuando empezaba á oscurecer.

Don Blas declara á sus compañeros que el pacto celebrado á bordo del "Colima" había sido miserablemente violado, y que esta violación importaba un desdoro para la dignidad de todos. Que en consecuencia debía castigarse aquel acto de alevosía y deslealtad y que él se encargaría de aplicar el castigo.

Al efecto, se dirigió á Herrera y Cairo: "Ya veremos," le dijo, — si como ha sido bueno para llevarse á una mujer vedada, lo es usted para verse conmigo esta noche en el camposanto." Y luego añadió estas palabras formidables: "A las doce en punto suba usted por la tapia del Norte, yo por la del Sur, pistola en mano, y el que primero pegue."

Herrera y Cairo aceptó resignado aquel duelo estrambótico, y cuando creyó que se acercaba la hora del encuentro, se dirigió al camposanto que se encontraba á unos dos kilómetros del pueblo. Era noche de luna, pero grandes masas de nubes, arrastradas por el viento, turbaban con frecuencia la serena claridad del astro. Herrera y Cairo se aproximó á su tapia, asomó la cabeza con cautela, recorriendo la vista á lo largo de la barda del Sur. Allí todo estaba desierto y silencioso. Aquella inmovilidad, aquel silencio envuelto en un misterio del cual podía surgir la muerte disparada por un enemigo invisible, acabó por dar á este lance un toque rápido de gravedad y de terror.

Herrera y Cairo se resuelve al fin por escalar la tapia; pero no bien había montado una pierna, cuando sonó un balazo que le obligó á bajar rápidamente al otro lado, y tomar allí de parapeto una losa sepulcral. Un segundo tiro le indicó la dirección del enemigo; por allí creyó descubrir una cabeza que se asomaba detras de unas piedras amontonadas sobre una tumba é hizo fuego á su vez. Hubo una tregua en que los combatientes no dieron señales de vida. Entretanto, Don Blas se deslizaba como un fantasma para tomar posición más ventajosa. De pronto, pasa silvando una bala que va estrellarse contra el muro. Don Blas salta como un tigre, echa el cuerpo á tierra para cubrirse detras de un nicho, y dispara por entre los brazos de una cruz de piedra sobre el cuerpo de su contrario.

— ¡Salga usted, — gritó Herrera y Cairo, — saque usted el cuerpo!

— Aquí está, — dijo Don Blas parándose sobre el nicho, como una estatua del Comen-

dador. Cruzaron así sus fuegos hasta que, descargadas por completo las pistolas, dieron por concluido el lance. Herrera y Cairo resultó herido de una pierna. Al ver Don Blas la sangre, dijo:

— Compañero, no es gran cosa; pero yo no necesito más que esa gota de sangre para lavar mi honra. Estoy satisfecho.

Y tomándose del brazo volvieron al pueblo tan amigos como antes.

Al día siguiente del lance referido, estalló en la cabeza de Don Blas una tempestad de amargas reflexiones. Creyó que su conducta había degenerado lastimosamente, desde el fatal instante en que por inadvertida debilidad cedió á Teresa el puesto que en sus pensamientos había consagrado exclusivamente al servicio de la República.

A veces creía percibir una voz terrible que como la de los sacerdotes egipcios acusando á Radames, le decía: "Blas, Blas, eres un traidor á la patria."

Vió en sus últimos pasos, ese zarzal de fragilidades pequeñas, en que los hombres vulgares pierden su tiempo y sus esfuerzos. Sintió vergüenza de haberse creído alguna vez incorruptible y fuerte. Había castigado á Herrera y Cairo por haber faltado á la palabra empeñada entre algunos hombres, pero... ¿quién lo castigaba á él, que había profanado la fe de un supremo compromiso en que la patria misma, había puesto en él sus ojos y depositado considerable parte de sus sagrados intereses?

Abatió la conciencia ante la enormidad de su culpa, volviendo mentalmente al seno del deber, humillado y sumiso como hijo pródigo á la casa paterna.

Entonces se apoderó de él un deseo vivísimo de volver á la fatiga, á la marcha forzada, de reanudar en fin en derrotero de judío errante; dió cuenta á sus compañeros de esta determinación, y á la mañana siguiente desapareció de entre ellos.

Llegó al Manzanillo; de allí pasó á Colima y en seguida por la Coahuayana y playas del mismo Colima, Michoacán y Guerrero, entró á Acapulco. De aquí se dirigió sin pérdida de tiempo, á la hacienda de la Providencia.

— Vengo de Durango, — dijo en presencia de los generales Don Juan y Don Diego Alvarez. En seguida expuso la importante comisión que estaba encargado de cumplir. Habló de la Patria en peligro, de sus jornadas, y de cómo había logrado llegar á su destino.

Los republicanos Alvarez, despues de oír asombrados aquella narración de viajero fabuloso, — Señor Gutierrez — dijeron, — todo

ha sido inútil; aquí no hay fuerzas que organizar, ni letrados para constituir un Tribunal.

— Entonces, señores, con permiso de ustedes vuelvo inmediatamente á dar parte á mi Gobierno.

— Pero á dónde se dirige usted con tal objeto?

Don Blas contestó con esta frase sacramental:

— Donde se halle.

El período comprendido entre el momento en que salió de la hacienda de la Providencia, y aquel en que aparece en Ciudad Guzmán, cuartel del Ejército del Centro, no es menos hazafioso ni menos digno de nuestro patriota infatigable. Y como si estuviera condenado á fatiga perpetua, quiso su mala estrella, que al llegar á Tacámbaro, donde esperaba conceder una tregua á sus miembros destrozados, apareciesen los franceses amenazando á la división de Michoacán. Al instante corrió á incorporarse á ella en calidad de Coronel de Rifleros, "pero al fin, — como dice en sus memorias, — el 20 de Diciembre de 1864 y 20 de Febrero de 1865, las armas de Michoacán, se cubrieron de gloria, derrotando completamente á los más afamados traidores en Santa Clara de Portugal, y á los mismos y á los suavos en la Villa de los Reyes, en donde entre otros, cayeron prisioneros el Comandante en Jefe de los primeros y el francés que ejercía el mando superior."

En los partes de ambos hechos de armas, se hizo especial mención de Don Blas. Se batió fuercemente como un oso.

El Coronel de Rifleros tenía entendido que se haría cumplida justicia con el jefe traidor apresado en Santa Clara; todo lo indicaba así. El mismo dice haberlo visto en capilla para ser pasado por las armas al día siguiente. Pero ¿cuál sería su sorpresa cuando en lugar de marchar al patíbulo, vió salir al cabecilla imperialista en absoluta libertad!

Ese mismo día se presentó al General en Jefe.

— Vengo, — le dijo — á pedir mi baja.

— ¿Nos abandona usted?

— Sí, señor; no quiero hacerme solidario de la conducta atentatoria de usted, y protesto en forma contra la sospechosa libertad que se ha otorgado á un traidor á la patria en guerra extranjera.

Por el mes de Abril, el ex-Coronel de Rifleros se había internado á la Sierra de Zimapan, donde sostenía la bandera de la República Joaquín Martínez, jefe de los serranos del

Véchi, á quien hizo memorable el odio sobrehumano de Don Blas. Contra él escribió unas memorias terribles; un repertorio feroz de todas las injurias que un hombre puede arrojar sobre otro. Allí le dice "vil asistente," "desertor," "ladrón de armas y de caballos," "renegado," "mal hombre," "cobarde," "miserable," "infame," "asesino" y hasta "pillo."

Martínez fué el azote de Don Blas, pero Don Blas era el ojo de Cain para Martínez.

Aquella rigidez de carácter, aquella noción imperturbable del deber, aquella solidez en el amor por la República, inquietaban á Martínez que fingía encuentros, inventaba triunfos, creaba gobiernos, cometía atrocidades y andaba siempre en tratos sospechosos con Rosas C. ncha, Ugalde y otros agentes de la intervención! Un comisionado especial fué á ofrecer á Don Blas pasaporte del Imperio; pero éste que vió siempre con desprecio y con horror hasta el beneficio si procedía de los invasores de su patria, rechazó el pasaporte, acompañando á su negativa este viril mensaje:

—Diga usted á Martínez, que yo no me creo comprendido en su traición ni estoy dispuesto á adherirme á ella."

Contestación tan temeraria como ésta, no era de aquellas que impunemente podían dirigirse á un hombre como Martínez. Ciego de ira resolvió apoderarse de Don Blas y remitirlo á México, donde los republicanos presos eran tratados con rigor de deportados rusos.

Don Blas se puso á salvo, vagando de rancho en rancho por la Sierra, pero ni allí le perdonó la saña de su implacable enemigo. Hubo un momento crítico. Martínez proyectó un allanamiento de pueblos en un radio de varias leguas, á fin de caer sobre el fugitivo. El pobre techo, la humilde cama y la ración escasa pero al fin caliente y segura, migajas que el infortunio llegó á convertir en patrimonio valiosísimo y hasta cierto punto consuelo de su existencia misera..... todo esto en fin debería sacrificarse bruscamente para tocar el fondo de una catástrofe inmensa. Don Blas tomó el camino de un cerro por veredas casi impracticables, internándose después por donde el bocage era más tupido, ó por donde lo abrupto y agrio de la roca pudiera decir con su elocuencia de peligros: "aquí no llegan ni las fieras." Al principio vivió en los árboles, hasta que encontró una cueva, muy dichoso de cambiar aquella vida de pájaro por una vida de coyote. Y agotado su miserable hastimiento de leproso, aventuraba una salida, con sigilo de ladrón, es decir, de lo que era en realidad, para caer sobre las

milpas, donde hacía provisión de elotes y cañas que iba á devorar al interior de su gruta. Una noche después de uno de aquellos rodeos, de adonde solía volver calado por la lluvia, dos hombres llegaron al lugar en que nuestro fugitivo se ocultaba.

—¿Qué hay de nuevo, muchachos?—dijo Don Blas familiarmente.

—Señor—contestó uno de aquellos hombres, mientras sacaba de su sombrero un pliego envuelto en un pañuelo—ayer fué sorprendida y derrotada la Guardia imperial, por unos cuantos valientes de la Guardia Nacional de Huejutla, haciéndose de armamento, piezas de montaña y otros útiles de guerra.

—¿De manera,—preguntó Don Blas—que ya estoy libre?

—Sí, señor, y además su suerte ha cambiado por completo. Martínez se ha pasado á las fuerzas republicanas, por muerte de su jefe el valiente Capitán Rey; vea usted este papel que han hecho llegar á mis manos, para que pase en seguida á las de su merced.

Don Blas tomó el papel examinándolo atentamente; era una cubierta de oficio, grande, común, sobre la cual se leía: "Al Sr. Gobernador interino del Distrito, Lic. y Coronel Blas José Gutiérrez.—Dónde se halle.—Tengo el honor—decía el oficio—de comunicarle el nombramiento, que de acuerdo con los pueblos y fuerzas de mi mando, he tenido á bien hacer en la persona de usted, para desempeñar el cargo de Gobernador interino del Distrito.—Martínez."

Y aquel hombre que arrastraba una vida miserable; hambriento, desnudo y olvidado; que veía dilatarse un horizonte en toda la amplitud deslumbrante del contraste, fué siempre el mismo Blas, rudo, áspero é inaccesible. "No reconozco en usted—contestó á Martínez,—autoridad alguna para nombrar Gobernadores, ni puedo aceptar un cargo que adolece del vicio de ilegalidad."

Y se quedó en el carro, á dormir sobre las piedras, á tomar agua en los charcos y á comer.....lo que se pescaba en las milpas.

Después de esta prueba, era indispensable perder toda esperanza. Llegó á hacerse estorbosa para el duro Martínez, aquella integridad, indiferente á todos los reactivos. Don Blas era su sombra, el misterioso huésped de todos sus actos, no menos implacable que él, ni menos feroz, porque Martínez se sentía moralmente penetrado por el ojo de Don Blas; aquel terrible ojo que le llegaba hasta el fondo de todos sus actos.

Quiso Martínez aventurar un último esfuerzo de conciliación, y ofreció garantías á Don Blas. Dejó el patriota su cueva y su Ta-

bor acorazado con el acero de su intransigencia, por si en la inesperada satisfacción de verse libre, le asaltase la pérfida fragilidad de ser sensible á los halagos.

Preparábase, allá por el mes de Setiembre de 1866, para marchar en busca del Supremo Gobierno. ¡No lo había, por supuesto, sin cumplir su último deber cerca de Martínez! Dirigióle un oficio con más artículos que un Código, enumerándole todas sus responsabilidades, reprochándole todos sus atentados y señalándole todas las leyes penales que podían invocarse contra él.....esto "con el laudable fin de que abriese los ojos sobre los errores que estaba cometiendo y los corrigiera."

El "ingrato" Martínez,—dice Don Blas—destacó una guerrilla con orden de remitirlo á Zacualtipán, y de que le dieran un balazo el menor movimiento.

Allá en el fondo de un súpico cuartel echaron al patriota. Un ayudante de Martínez fué á verle después de treinta horas de incomunicación, y le dijo: "Vengo á cumplir ante usted una comisión importante; si usted quiere recobrar su libertad y salvarse de los malos tratamientos que se le esperan, prometa usted desistirse del viaje que tiene proyectado; no comunicar nada que pueda perjudicar al Sr. Coronel ante el Gobierno general, y resignarse, por último, á vivir confinado en un pueblo de la Sierra."

Contestación del cautivo:—"Diga usted á ese menguado, que protesto contra mi injusta prisión; que no espere arrancarme la protesta que se me exige, y que comprendo bien, que el hombre que había mandado azotar al comerciante liberal Juan Arteaga, bien podía no solo apalearme sino asesinarame, lo que yo preferiría á cualquiera degradación."

Como consecuencia de esta respuesta feroz, Martínez llegó al colmo de la desesperación y del enojo. El 13 de Setiembre, formada la tropa en la plaza pública, sacaron al patriota del cuartel para sufrir el banco de palos que le ofrecieron el día anterior. Iba á cumplirse el atentado, cuando la oportuna mediación de varias personas, hicieron comprender al "renegado verdugo, la enorme responsabilidad en que incurría."

Don Blas fué confundido con la tropa en calidad de soldado. Desde ese momento se igualó en usos, vestido y alimentos, á sus nuevos compañeros, y tal fué su vida por espacio de algunos meses. De esta suerte mantenía en la población una curiosidad escandalosa. Los liberales comentaban alarmados el hecho, formándose con tal motivo una atmósfera, que llegó á ser tan incómoda para Martínez, como propicia para Don Blas.

Un día le llevaron una cama y alimentos de muy buena calidad.

—Esto no es para mí,—dijo Don Blas—un soldado como yo, no tiene más cama que el suelo, ni más comida que el rancho.

Y como siempre, esa noche el soldado Blas Gutiérrez echó su cuerpo á tierra, y durmió como cualquier recluta.

Don Blas entendía la igualdad de la manera más tiránica. Hubiese querido borrar de un golpe las diferencias sociales no solo ante la ley, sino ante la sociedad. Un Presidente de la República no debería dardárselas, según sus teorías, de confundirse con la multitud en la encrucijada, en el figón y en la plaza, y hubiese tenido por un rasgo de sencillez republicana, ver un 16 de Setiembre á Don Benito Juárez, por ejemplo, con sombrero de petate, huaraches y jorongo, lauzando entre las chusmas vivas á Hidalgo y á la Independencia. Y como por otra parte creyese que semejante conducta solo podía merecer vituperio de los *encopetados* y *aristócratas*, el hombre que con él profesaba una especie de orgullo agresivo en ser republicano, debía personificar el ejemplo de la conducta igualitaria, allí donde fuese más radical y más expresiva; donde la humildad democrática hiciese más odioso el orgullo de las clases, por lo que nunca tuvo á mal antes bien como digno de su bandera, dejarse ver algunos domingos en *El Antiguo Gato*, la más famosa de las pulquerías de su cuartel.

Verlo y ser aclamado por los parroquianos, era un recibimiento de ordenanza. Disponíase al punto la libación patriótica de los tres pulques: el de apio, verde; el natural, blanco; y el de tuna, rojo; cuyos colores son precisamente los del pabellón nacional. Naturalmente el pulque, el patriotismo y las narraciones heroicas del ilustre huésped, llegaban á enardecer los ánimos, y luego por motivos de la menor cuantía se armaban allí fenomenales *tocatingas*, que terminaban con un sumario "¡pasen!" del gendarme de la esquina. Cierta vez, envuelto Don Blas en uno de esos tremendos agramantes, acudió presurosa la policía aprehendiendo á los revoltosos, entre los cuales un hombre presentaba en pleno ojo, la huella trágica de un puñetazo aplicado en firme.

—Quién le ha pegado á usted?—preguntó el gendarme.

—Ese señor,—respondió el contuso señalando á Don Blas.

—Bueno; pues también nos acompaña. Ya marchaba la remisión rumbo á la comisaría, cuando alguno dijo al gendarme que